

La Señora había dicho ya el Bendito; los platos, estaban servidos y se comía con excelente apetito.

Roberto de Blois estaba sentado á la derecha del señor de Penhoel; á su izquierda tenía á la Señora, que en los frios días de invierno abandonaba con gusto su puesto de preferencia en el centro de la mesa para acercarse á la chimenea.

Detrás de Roberto permanecía Blas, á quien como á su señor, se le había dado un traje seco.

El Zalamero hacía su aprendizaje de criado. A pesar de sus escrúpulos se encontraba mucho mejor que entre las ramas de los árboles. Sin embargo, sus ojos contaban con melancolía los excelentes bocados devorados por Roberto.

Preguntábase tal vez si aquello era un presagio y si en todas las cosas se veía él precisado á vivir con las sobras de Roberto por razón de la posición que había aceptado.

Roberto por su parte al comer con maravilloso apetito empleaba el tiempo lo mejor que podía.

Gracias á las noticias de maese Geraud, había dado su nombre á la primera ojeada á cada una de aquellas fisonomías desconocidas.

La descripción del posadero, exacta y completa, era una garantía de la exactitud de los demás detalles suministrados por el mismo.

Sin embargo, si pasaba de las personas al conjunto de aquella asamblea campesina, le parecían algo exageradas las notas dadas por maese Geraud. Roberto, que trabajaba con la vista tanto ó mas que

IX.

UN HUESPED SIN IGUAL.

Hacia cerca de media hora que Roberto de Blois y su criado Blas habían franqueado el dintel de la puerta del castillo de Penhoel.

La familia y los huéspedes estaban reunidos en el comedor, sentados á una mesa grande de nogal, que un mantel cubría escasamente á medias.

En aquella parte estaba todo dispuesto para comer; la otra estremidad permanecía desnuda y desierta.

Sobre el mantel, de una blancura deslumbradora, había abundantes manjares.

con las mandíbulas, buscaba en vano en torno suyo los anunciados síntomas del drama íntimo y palpitante: ellos le hubiesen dado mas facilidad para sacar partido.

Pero todas las fisonomías le parecían de una calma desesperante; solo veía allí una jóven madre feliz entre su marido y su hija.

El resto de la asamblea, el tío Juan, sus hijas, Vicente y Roger, completaban para él una de esas buenas familias cuya felicidad uniforme y ligeramente enojosa causaría horror á numerosas personas de nuestras poblaciones.

El lector, que conservará la impresion de la escena del salon de Penhoel, habrá experimentado tambien la sorpresa de Roberto. El aspecto habia cambiado. No reinaba ya aquel sombrío silencio que antes pesaba sobre todos los huéspedes del castillo interrumpido á raros intervalos por palabras de triste agüero.

La llegada de un extranjero, que en cualquier retirado rincón de la Bretaña es siempre un acontecimiento, escitó allí por las circunstancias que la acompañaron una emocion de interés y curiosidad.

Además, preciso es decirlo, en el momento en que hemos penetrado en el castillo de Penhoel tenía René á su lado vacía una botella de aguardiente. Penhoel en ayunas era un marido confiado y amable; pero embriagado era feroz, y el alcohol cambiaba en negras visiones los dolorosos recuerdos que habitaban el fondo de su alma.

La expedicion á los pantanos habia disipado completamente los efectos del aguardiente. Tenia libre la imaginacion, y el placer que experimenta por haber salvado á dos hombres, hacia rebosar de contento su corazón.

Solo el tío Juan entre los convidados que se sentaban á la mesa conservaba aquella melancolía que antes hemos visto en su venerable rostro. Solo pensaba en aquel cuyo nombre pronunciado de pronto habia producido una sensacion tan penosa momentos antes en todos los huéspedes de Penhoel. El corazón del tío Juan no olvidaba nunca al ausente y festejaba silenciosamente en el fondo de su alma, amante y buena, aquel día, aniversario de la marcha del primogénito de Penhoel.

Todo el resto de la asamblea se ocupaba extraordinariamente del extranjero. El abogado y el buen maestro de escuela le consideraban con esa atencion curiosa que nuestros pilluelos de Paris ponen en observar un etíope ó un o-jib-be-wav. Las niñas admiraban su cabeza espresiva y hermosa. Roger veía en él un héroe de novela. Vicente al contrario, experimentaba al contemplarle un sentimiento hostil, procurando en vano esplicarse á sí mismo aquella instintiva aversion.

Sus ojos vagaban incesantemente del extranjero á Blanca de Penhoel como si hubiera temido por la niña un peligro desconocido.

—A vuestra salud, mi querido huésped, dijo Roberto llevándose el vaso á los labios, y recibid por

centésima vez la expresión sincera de mi gratitud.... Sin vos Dios sabe dónde estaría yo ahora.

—No he hecho más que cumplir con un deber, contestó el señor de Penhoel.

—No lo entendía de la misma manera nuestro sombrío piloto, replicó Roberto riendo.

—Benito Haligan es un corazón honrado, dijo la Señora; ha salvado muchos desgraciados en peligro de muerte.... pero su cabeza está algo débil y nuestros campesinos tienen preocupaciones algo salvajes.

Roberto se inclinó respetuosamente y murmuró:

—El país en que Dios ha puesto en la mano de los poderosos el remedio a la ignorancia del pobre, es feliz y bendito, señora.

A pesar de que hemos visto a Roberto en perfecta armonía con Blas y Bibandier, probablemente no habría estado sin frecuentar mejor sociedad, porque en ocasiones sabía tener maneras elegantes y corteses. En los salones-modelos que constituyen las glorias de nuestras aristocracias, tal vez hubiesen descubierto los espertos algunas faltas notables: decimos tal vez; pero en Penhoel parecía su trato esquisito y cada una de sus palabras elevaba hasta cierto punto el pedestal de su superioridad.

Si alguno experimentaba turbación no era seguramente él, sino el señor de Penhoel.

En cuanto a la Señora, sus gracias sencillas y nobles valían por lo menos ese conjunto de convenciones útiles que son la ciencia del mundo.

—Me habían dicho, replicó Roberto, lo que encontraría en Penhoel.... Pero ciertas gentes tienen la felicidad de ser hechas de tal manera, que para ellas el renombre está siempre por debajo de la verdad. Tal vez permanezca en Francia muy poco tiempo; pero cualquiera que sea, habré visto en él cosas que otros emplean vanamente su vida en conseguir.... la casa de un verdadero caballero.

Penhoel se ruborizó de orgullo.

—¡Cómo! exclamó con encantadora bondad. ¿Eres tú el que estás ahí, mi buen muchacho?

—He querido servirlos, contestó Blas.

—Vete pronto, interrumpió Roberto. Señora, perdonadme; pero Blas es un criado de lo poco bueno que se encuentra, y me atrevo a reclamar para él una parte de las bondades con que me habeis colmado.

Todo el mundo, comenzando por el señor de Penhoel y la señora, aplaudió a Roberto aquella buena acción. No solamente era un hombre de distinción poco común, sino un corazón generoso.

Al descubrir cualidades tan recomendables en un hombre que ha sabido agradar al primer aspecto, se experimenta un verdadero placer.

Veinte minutos hacía que duraba la comida y hacía más de una hora que Roberto había entrado en Penhoel; sin embargo, y a pesar de la circunstancia de que Roberto había hablado en el barco de una misión de que estaba encargado para el señor de Penhoel, no le habían dirigido ninguna pregunta.

—Era seguramente la mas delicada hospitalidad, pero Roberto no la apreciaba. Hubiera preferido un interés indiscreto y curioso, porque ya tenia preparada su historia.

Sin embargo, viendo que no le dirigian ninguna pregunta se resignó á tomar la palabra.

—Vizconde, dijo tendiendo la mano al señor de Penhoel con la mayor amabilidad, no me conviene prevalerme de vuestra reserva, y quiero al menos que sepais el nombre del huésped que la casualidad os depara. Me llamo Roberto de Blois.

Penhoel se inclinó.

—Es un antiguo nombre breton, dijo, que debeis conocer, tio.

—El tio Juan, como casi todos los antiguos caballeros de provincia, era un verdadero catálogo vivo.

—Ciertamente, replicó; tenemos muchas familias, y sin hablar de la casa ducal, de la que un miembro llevó el nombre, hay un Blois de Quimper y los Blois de Moncontour.

—Mi familia era en efecto originaria de la baja Bretaña, replicó Roberto; pero no puedo aspirar mas que á un parentesco muy lejano con las nobles razas de que me hablais, caballero, porque mis padres habitan la América desde hace muchos años.

El tio Juan murmuró reuniendo sus recuerdos:

—Comprendo... ¡asi debe ser! Un caballero de Blois llamado Emery, se vió obligado á emigrar cuando el edicto de Nantes.

Roberto miró al tio con admiracion.

—¡Esactamente! dijo; recuerdo que mi bisabuelo se llamaba Emery. Pero en fin, he abandonado á Boston, residencia de mi padre, para venir á Francia á negocios muy interesantes. Uno de ellos me llamaba á este país. Desde mi llegada á Francia no he tenido mas que aventuras; Paris y sus rateros me habian dejado el bolsillo... mi silla de posta rodaba lo mismo de noche que de dia sin ser detenida nunca por esos bandidos clásicos que se van haciendo raros; pero hoy me he desquitado. He aquí en dos palabras mi historia. Llegué á Redon esta mañana trayendo cuantiosas sumas; tenia que llenar una mision en el interior del país. El buen posadero de Redon, maese Geraud, no me habia dejado ignorar los peligros del camino; pero no he querido creerle, y además tenia la mas apremiante necesidad de terminar mi mision.

Sali, y á una legua de Redon encontré unos ladrones que me robaron.

—Los bandidos, murmuraron todos.

—Ignoro qué nombre prodigarles; pero lo que sí sé es que eran una gavilla de tunantes con las caras mas horribles...

—¿Y os han robado? preguntó la Señora.

—¡Todo el dinero, señoral! Pero me parece que esos bandidos no han llegado á un grado muy elevado de civilizacion, porque dejaron en la maleta mi cartera llena de billetes de banco.

—¡Ahl! exclamaron con alegría los convidados.

—Permitid; no por eso soy mas rico.... Mi maleta y todos los papeles que contenia están ahora mucho mas lejos si vuestro infernal rio continúa corriendo con la misma velocidad.

—¡Es verdad! la inundacion, murmuró la asamblea, que se interesaba cada vez mas en la narracion del jóven.

Las dos encantadoras hijas del tio Juan se olvidaban de comer por mirar.

Escuchaban con la mayor atencion y no separaban del extranjero sus miradas llenas de candor. Al mismo tiempo experimentaban las dos un sentimiento extraño y desconocido. Una fibra que hasta entonces habia permanecido muda, vibraba energicamente en el fondo de su alma. Estendiase á su vista un horizonte desconocido.

Hubiérase dicho que entreveían el mundo.

Al nombre de Paris habian cambiado una rápida mirada, encendiéndose en sus pupilas un rayo de fulgor.

Blanca, niña tímida, se ocultaba á medias detrás de su madre, y miraba á hurtadillas.

Roger admirábase tambien á su vez de todo corazón; nunca habia visto nada comparable á ese caballero tan brillante manifestando su fina elegancia en medio de los campos bretones.

En cuanto á Vicente, proseguia conservando su fisonomía ruda y sombría.

El maestro de escuela y el abogado, colocados juntos á un extremo de la mesa, tenian vehemente

deseos de saber cuánto dinero contenia aquella famosa maleta.

—Mas de una vez se han encontrado en los pantanos, dijo el padre Chautte con modestia, objetos perdidos en el trayecto de Port-Corbeau.

—Con mucho gusto prometeria mil luises, exclamó Roberto con viveza, al que me trajese mi maleta.

El abogado tomó nota de este ofrecimiento, prometiéndose ir á la mañana siguiente á buscarla.

Roberto prosiguió riendo:

—Pero es preciso no contar con los milagros, y haria muy mal en quejarme de la suerte. No puedo decir que no siento las sumas perdidas, porque estoy lejos de mi familia y la posicion de un extranjero sin metálico me parece poco agradable. Dejar-se abatir por tan poco seria indigno de un gentleman. Mi querido huésped, á vuestra salud.

Todo hablaba en favor de Roberto. Sus últimas palabras habian sido pronunciadas con un franco buen humor. Esto indicaba una gran fortuna, lo que á decir verdad, nadie desprecia; además, lo que causaba mas impresion todavía sobre la mayor parte de los convidados, era que denotaba una verdadera grandeza de alma.

No se encuentra diariamente un hombre que hable de una pérdida considerable con semejante alegría. Roberto ganaba cada vez mas la estimacion de los huéspedes de Penhoel.

—De lo que no me consuelo tan fácilmente, replicó, es de no tener entre las manos cierta correspondencia que me habia sido escesivamente recomendada de... En la tal maleta, Mr. de Penhoel, habia con que pagar la vida que me habeis salvado; era para vos una felicidad.

Un rayo de curiosidad despidieron todas las miradas.

No comprendian.

Roberto guardaba silencio, aparentando esperar una pregunta.

El señor de Penhoel al contrario, parecia temer interrogar.

—Sin embargo, en la barca creo haber os oido hablar de un encargo que se os habia hecho para el vizconde de Penhoel.

—Es verdad.

—¿Me será permitido preguntaros....

—Un encargo que viene de muy lejos.

—¿De dónde?

—De Nueva-York.

Penhoel hizo un gesto de sorpresa. La hermosa y tranquila fisonomía de la Señora espresó al fin un movimiento de curiosidad.

—¡Nueva-York!.... repitió Penhoel; á nadie conozco allí.

Los párpados de Mr. de Blois se bajaron. Su mirada furtiva y rápida dió en un momento vuelta á la mesa.

—¿Estais seguro? murmuró.

A la vez examinaba á la Señora, que conservaba su sonrisa dulce y cortés, al señor de Penhoel y al anciano tío Juan, cuya meditacion inclinaba de nuevo su pensativa cabeza.

Antes que Penhoel hubiese respondido, prosiguió Roberto con voz baja y lenta:

—¿El primogénito de los Penhoel habrá sido olvidado en la casa de su padre?

Si Roberto habia querido escitar un golpe violento, debió quedar satisfecho del efecto que produjo.

Una nube veló todas las frentes á la vez.

Sus ojos miraron al suelo.

Penhoel, que en aquel momento llevaba el vaso á sus labios, lo dejó escapar y el vaso se rompió.

La Señora temblaba inmóvil y pálida.

El tío Juan parecia un hombre que no cree en el testimonio de sus oidos.

Habiase levantado á medias, apoyándose con las manos en la mesa. Sus ojos azules, tímidos y dulces ordinariamente, se fijaban entonces sobre el extranjero con ávida inquietud.

Roberto ponía el mayor cuidado en contener la espresion de triunfo que queria invadir sus mejillas.

Al ver la feliz tranquilidad de la familia, habia dudado un momento del arma que tenia entre sus manos.

Desde entonces cesaron las dudas; el arma era

buena y sabia el lado vulnerable de todos los corazones.

Levantó la cabeza.

Su mirada era severa y fria como la de un juez.

Oíanse á favor del silencio las respiraciones entrecortadas y oprimidas.

—¿He oído bien? dijo al fin el tío Juan, cuya emoción ahogaba su voz; ¿se ha hablado de Luis de Penhoel?

—He hablado del primogénito de los Penhoel, respondió Roberto.

—¿Y habeis pronunciado la palabra olvido? replicó el anciano, cuyos ojos se humedecieron por las lágrimas. ¡Oh! aquí hay mas de un corazón que conserva su memoria.

René le interrumpió; el esfuerzo que para hablar hacia era visible.

—Caballero, dijo dirigiéndose á Roberto, todo aman aquí [al jefe de los Penhoel..... Yo soy su hermano segundo, y el día que Luis quiera volver, le entregaré con júbilo el sitio de mi padre.

El tío Juan había abandonado su puesto, dando con vacilante paso vuelta á la mesa para acercarse al extranjero. Oíase resonar en la madera sus albarcas, y los largos cabellos blancos que coronaban su venerable frente caían sobre la grosera tela de su chaqueton de aldeano.

—Muy bien dicho, sobrino mío, dijo tocando con la mano á René, que volvió la vista.... Dios te bendecirá, porque eres un hijo digno de los Penhoel....

Pero yo no soy ya mas que un pobre anciano, prosiguió volviéndose hácia el jóven Mr. Roberto, y amo á mi sobrino Luis como se ama al mas querido de nuestros hijos.... Hablad, caballero.... ¿Vos traeis buenas noticias ó tengo que vestirme de luto hasta el último de mis días?

Reberto oyó levantar el pecho de la Señora un suspiro ahogado.

Penhoel lo oyó tambien quizá, porque se inclinó hácia adelante y luego hácia atrás para interrogar la fisonomía de su mujer.

Pero el jóven Mr. de Blois, fuese por casualidad, fuese buena voluntad, hizo dos movimientos semejantes, y el señor de Penhoel no pudo ver nada.

Los que rodeaban la mesa pensaban en el sueño del Angel, que había visto al primogénito acostado en la yerba y pálido como un muerto.

Por lo que hace á Roberto de Blois, volvió á tomar la palabra y todos tuvieron hasta la respiración para oír mejor.

—Traigo buenas noticias, dijo, y afortunadamente nada pueden alterarlas mis contratiempos. Luis de Penhoel, que es mi amigo, me encargó que abrazase á su hermano, suplicándome le diera hasta los detalles mas insignificantes acerca de su familia.

El mas esperto observador no hubiera podido definir los contrarios sentimientos que hasta cierto punto alteraron la fisonomía del señor de Penhoel: fueron una mezcla de afecto tierno, un movimiento

vivo y sincero de fraternal ternura, luego una especie de indiferencia, de desconfianza y sentimiento.

El buen tío Juan había tomado la mano de Roberto y la estrechaba entre las suyas, llorando porque había dicho:

“Soy su amigo.”

El fué el que le dirigió estas preguntas de interés, que hubiera querido oír de los labios del señor de Penhoel.

—¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Va á volver? ¿Piensa en nosotros? ¿Sigue hermoso, noble y fuerte? ¿Es feliz?

En torno de la mesa se recordaban los convidados en voz baja cuanto en el país se decía acerca del ausente.

Hablábase de él en las veladas y su nombre se rodeaba de ese respeto misterioso que los bretones conceden á los héroes de sus leyendas.

¡Era tan generoso!...

El cariño que le profesaban los ancianos llegaba á los jóvenes á través de maravillosas narraciones hechas en el hogar.

Eran poetas, rústicos narradores sentados al hogar de las cabañas bretonas: su sentimiento formaba un pedestal al ausente, y los que no lo habían conocido se lo figuraban bajo colores sobrenaturales.

—Yo he sido su primer maestro, murmuró enternecido el padre Chauvette.

—¡Qué demonio! murmuraba el abogado; nunca pude enseñarle latin.

—Me parece que le reconozco, decía Diana; he soñado tanto con él!...

—¡Oh! no mas que yo, añadía Elena.

—Yo, exclamaba Roger, si no viene iré á burcarle aunque sea al cabo del mundo.

Las hijas del tío Juan hubieran querido ser tambien hombres para hacer lo que Roger de Launoy anunciaba.

Y mientras que todas estas palabras se cruzaban, causaba extrañeza ver la silenciosa y triste inmovilidad del señor de Penhoel y de la Señora.

Roberto respondia con corta diferencia lo mismo que lo había hecho á maese Gerand en la habitacion del Carnero Coronado.

—Mañana será de día, añadió, y os daré cuantos detalles gustéis. Unicamente sé que ha habido cartas perdidas, cuyo contenido no podré deciros.

—¿Eran para mí? preguntó Penhoel.

—Una para vos, contestó Roberto.

—¿Y para mí? preguntó tímidamente el tío Juan.

—Tambien otra.

—¿Y alguna otra? añadió Penhoel.

Roberto aparentó dudar. La respiracion de la Señora se detuvo de pronto hasta el momento en que el joven Mr. de Blois respondió al fin:

—No había mas.

Alguna sangre afluyó entonces á las pálidas mejillas de Marta de Penhoel. Temblaron sus párpados.

dos y bajo sus largas pestañas se hubiera podido ver brillar una lágrima.

Roberto replicó:

—Es tarde y estoy muy cansado; pero no quería descansar sin saber los sentimientos que aquí se guardaban hácia mi pobre amigo Penhoel. Lo que he visto me ha alborozado el corazón, y la carta en que hable de su hermano, de su tío, de todos, añadió volviéndose ligeramente hácia Marta, le hará muy feliz. Ahora, mi querido huésped, os pido permiso para retirarme, y antes de subir á mi habitación, si eso no es abusar de vuestra amabilidad, os suplico me concedais algunos minutos.

Penhoel se levantó vivamente, como si aquella súplica le hubiese respondido á un secreto deseo.

—Estoy á vuestras órdenes, dijo.

Roberto de Blois habia vuelto á encontrar su graciosa sonrisa.

Saludó á todos los convidados con la mayor galantería estrechando cordialmente la mano del tío Juan.

Pero lo que aceptó las simpatías de las jóvenes y de Roger de Lannoy, fué la manera respetuosa que tuvo de llevar á sus labios la mano de la Señora.

Sin embargo, ni las dos jóvenes ni Roger podían apreciar el mérito de aquel besamano.

Roberto al tocar con sus labios los blancos dedos de la Señora del castillo, habia pronunciado algunas palabras en voz tan baja, que apenas pudo oír las distintamente la Señora.

—Señora, habia murmurado, habia tres cartas.

El rostro de Marta no cambió, pero su mano se quedó helada, y largo tiempo despues que Roberto hubo desaparecido con el señor de Penhoel, permanecía Marta sin movimiento y como petrificada.

En torno de la mesa era la conversacion animada, sin escatimar los elogios al jóven Mr. de Blois. Unicamente Vicente protestaba con su silencio contra aquel concierto de alabanzas.

Esperóse al señor del castillo, pero sin impaciencia. Las diez sonaron en el reloj encerrado en su caja de caoba y luego las once.

Era una vela inusitada.

Sin embargo, Penhoel no parecia, y los convidados debieron separarse antes de su vuelta.

Las dos niñas, Roger y Vicente fueron sucesivamente á presentar sus frentes para que las besara la Señora, que se quedaba sola con el tío Juan.

El anciano se sentó á su lado en el puesto ocupado antes por el extranjero.

Así permanecieron largo tiempo sin cambiar una palabra.

Los grandes ojos azules del tío Juan, fijos en su sobrina con melancolía, espresaban una piedad profunda y un amor de padre.

Al cabo de algunos minutos rodaron dos silenciosas lágrimas por las mejillas de Marta.

El anciano le tomó la mano, oprimiéndosela con el corazón.

—¡Marta! murmuró, mi pobre Marta, ¡cuánta felicidad perdida!

—¡Para siempre!... balbuceó la joven llorando. El anciano pareció buscar una palabra de consuelo; pero tal vez no hubiese consuelo posible. Apoyó su frente desanimada sobre la mano.

—¡Y cuántas amenazas en el porvenir! replicó Marta con desesperación.

El tío la miró con inquietud.

—¿No sabeis? replicó Marta; ese hombre me causa temor.

—¿Por qué?

—Me ha hablado bajo y tal vez sepa....

El anciano se sonrió con confianza.

El corazón de Luis es muy noble, dijo, y hay secretos que no se dicen mas que á Dios.....

Era mas de media noche cuando el joven Mr. Roberto de Blois puso fin á su entrevista con el señor de Penhoel para retirarse á la estancia que le habia sido preparada.

En un gabinete inmediato á esa habitacion se habia puesto un lecho para Blas, que dormia tranquilamente.

Roberto en lugar de acostarse se puso á recorrer la habitacion á grandes pasos. Su imaginacion trabajaba: trascurrían las horas de la noche sin que él lo notara.

Los primeros rayos del sol iluminaron con su té-

ne claridad los vidrios de la ventana. La luz de la lámpara palideció....

Llegaba el día.

Roberto no dejaba de meditar.

Preciso fué para distraerle de sus reflexiones mas profundas la risueña vista del sol naciente, que fué á iluminar las elevadas cortinas de la ventana.

Roberto abrió la ventana; su pecho fatigado respiró con avidez el aire fresco.

Era una magnífica mañana de otoño: Roberto tenia delante de sí el gran jardín de Penhoel, que se unia á ricas campiñas, bosques y praderas que se estendian á lo largo de la colina hasta la aldea de Glenac.

Mas allá de la ribera estendian los pantanos su inmensa sábana de agua, que estaba entonces tranquila y unida como un espejo. A lo lejos doraba el sol la cima de las colinas de San Vicente y de Jonjerays.

Sobre el último pico de la mas elevada de estas colinas, en medio de un antiguo bosque majestuosamente ordenado, se elevaba el antiguo castillo de Penhoel, perteneciente entonces á la familia Pontalés.

La hermosa luz de la mañana inundaba el opulento paisaje. Imposible seria soñar un golpe de vista mas gracioso y mas rico á la vez.

Roberto sonreía: contaba los bosquecillos, los árboles, las praderas, y paseaba sus miradas como un conquistador por la comarca.

Entró en el gabinete de Blas, que proseguía durmiendo como un bienaventurado.

—¡Levántate! dijo sacudiéndole bruscamente.

El Zalamero se frotó los ojos, saltando de la cama.

—¡Diablo! murmuró Blas; soñaba que habíamos robado toda la plata del castillo y que Bibandier, disfrazado de gendarme, nos llevaba á la cárcel.

Roberto lo cogió por el brazo, encogiéndose de hombros, y lo arrastró hasta la ventana.

—¡Miral! dijo con tono enfático.

—¡Calla, calla! exclamó Blas, cuya vista se había fijado de pronto en el pantano: no era por cierto para reírnos; bastante agua había para habernos ahogado en ese estanque!

—Mirad, Roberto; apenas se distinguen los árboles á que estábamos agarrados. . . . Recuerdo que en aquel instante prometiste al cielo hacerte hombre honrado.

Roberto hizo un gesto de impaciencia.

—Se trata justamente de eso, dijo; lo que te digo es que mires por aquí.

—¡Hermosa campiña!

—Sí, contestó Roberto, dejando correr su imaginación y su entusiasmo; hermosa campiña, hijo mío! Desde el pié del castillo hasta la mitad del camino de esta aldea que distingues allá abajo, forma parte de los dominios de Penhoell!

—Nuestro patrimonio, dijo Blas, es bastante bueno. Pero ¿y ese magnífico castillo? añadió señalando con el dedo la casa de Pontalés.

Roberto bajó la cabeza con aire misterioso.

—Esos son nuestros naturales aliados, replicó, y no pasará el día sin que haga una visita á esas buenas gentes. Entre tanto pensemos en nuestros negocios.

Sacó de su bolsillo un bolsón lleno de monedas de oro y puso unas veinte en la mano de Blas, que al verlas se quedó asombrado.

—¿Dónde has pescado esto? murmuró.

—Mientras tú roncabas trabajaba yo, compañero. Ya te lo explicaré en otra ocasión si tengo tiempo. Vas á ir á Redon hoy por la mañana con objeto de pagar el gasto que háyamos hecho nosotros y Lola.

—¡Ah! dijo el Zalamero. ¡Viene también ella!

—La llevarás á todas las tiendas de Redon, replicó Roberto, para que escoja un traje magnífico. No repares en el precio. En cuanto haya acabado sus preparativos la harás entrar en el mejor carruaje que puedas encontrar y me la traerás al momento. Comprendes. . . . Quiero que venga como si fuese una princesa

